

PRESENTACION DE MARÍA EN EL TEMPLO.

DISCURSO II.

Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus.

El Altísimo santificó su tabernáculo.
(PSALM. XLV, 9.)

Estas palabras inmortales compendian las ocultas maravillas del misterio de la Presentacion de María en el Templo de su Dios, y nos recuerdan la oblacion pura y perfecta que la Virgen hace de sí misma, yendo á consagrarse al Señor casi al salir de la cuna. La Virgen inmaculada, tabernáculo vivo de la divinidad, vá á engalanarse con nuevas riquezas al pié del tabernáculo figurativo, y á recibir en el templo del Dios de sus padres una especie de consagracion solemne y santa, de que fué sombra profética y misteriosa la dedicacion del templo de Salomon. «El Altísimo santificó su tabernáculo.» Empero, el Dios á quien María ama mil veces más que pudiera amarle un abrasado serafin, no se dejará vencer en generosidad ni en amor. El acto por el cual vá esta Virgen celestial á someter su existencia á la voluntad de su divino Esposo, le abrirá todos los tesoros de la gracia, y la hará dispensadora de todos los dones sobrenaturales. En premio de su heroico sacrificio habitará en su seno el mismo Dios. En la mañana de su vida fijará el Señor sus ojos y su corazon en Ella, y será el amparo de su niñez. Le dirá: «Levántate amada mia, y vén: *Surge, amica mea, et veni* (1). Escucha, hija mia, inclina tu oido y tu corazon: olvidate de la casa de tu padre y de tu madre, y mi amor descansará en tí.» (2)

Meditemos este tierno misterio de la santa infancia de María, mis amados hermanos: busquemos en él un estímulo poderoso para el

(1) CANT. II, 13.

(2) SALM. XLIV, 11.

cumplimiento de la gran ley del sacrificio, que constituye el fondo de la moral y de los consejos del Evangelio; y saquemos de este misterio, muy poco meditado, enseñanzas prácticas sobre los deberes que nos impone la divina Providencia, y de que solamente podríamos eximirnos atrayendo sobre nosotros las maldiciones del Cielo y las quejas de aquellos á cuya felicidad estamos obligados. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

En todos los actos de la vida de nuestra Señora debían rebosar las maravillas de la gracia. Preservada la bienaventurada Virgen de la mancha que condena y mata á los hijos de Adán en el seno que los concibió, no solo fué siempre santa y siempre inmaculada, sino que conoció y amó al autor de su sér y al Dios de su vida, desde el principio de su existencia. La Virgen recibió en el instante de su inmaculada Concepcion el uso perfecto de la razon, para que pudiese enriquecerse de méritos, y hacer fructificar el dón sobrenatural, cooperando á las operaciones del Espíritu Santo, segun todas las potencias de su voluntad y su corazon. Por eso María conoció á Dios con una vision tan clara, tan profunda y tan excelente en el primer día de su vida en el seno materno, que es incapáz la lengua humana de expresar los divinos resplandores que iluminaron su alma.

Así no extrañéis, hermanos míos, si esta milagrosa Niña deja la casa paterna á la edad de tres años, es decir, cuando las otras niñas necesitan los desvelos incesantes de su Madre para vivir: no os sorprenda tampoco si piensa María, desde aquella edad tan tierna, en llevar al templo del Señor un corazon que ha elegido ya por su santuario el Dios de Jacob: no os admireis si la gracia que ilumina y guia todos los pasos de la hija de Sion, la incita á inmolar los sentimientos más tiernos y dulces de la naturaleza al amor sobrenatural del Espíritu Santo, que ha hecho ya de aquella alma un paraíso de amor.

Segun una tradicion religiosamente conservada en la Iglesia, santa Ana había conseguido con sus fervorosas oraciones, que el Dios de Israel pusiera término á una esterilidad, mirada como deshonrosa por las mujeres de Judá. El Señor, que leía el corazon de la madre venerada de nuestra Señora, le concedió incomparablemente más de lo que había pedido. Ella había conjurado al Cielo que le diese un hijo, que ofrecería al Dios de sus padres, como la madre de Samuel, y aquel gran Dios la hace madre de la que quiere para Madre suya. María sabe el voto por el cual ha conseguido la piadosa Ana la cesa-

sion de su dilatada esterilidad: sabe que ha llegado la hora de apartarse de los brazos de unos padres amados con ternura; pero también sabe, que el amor sobrenatural encendido en su alma al soplo del Espíritu divino, vive de sacrificios, y se alimenta solamente del vencimiento de los sentimientos á veces más hondos y apreciados de la naturaleza.

Admiremos aquí la conducta de Dios sobre la augusta Madre que ha escogido para su Hijo. Quiere que las virtudes y santidad de la Virgen inmaculada sean el fruto de sus combates y el premio de sus hazañas: la previene con una gracia inefable, es verdad; pero la santifica por su propio mérito, y quiere que pueda decir con más verdad que san Pablo al fin de su carrera: «He peleado buena pelea, y me está reservada la corona de justicia.» (1)

Santificarse por acto propio es el modo más perfecto de santificación: así se ha de creer, que la Virgen fué santificada de este modo. Y esta es la razón porque se reservan los sacrificios más difíciles para la naturaleza á la Madre de Aquel, que no tendrá una piedra por almohada, ni hallará otro lecho á la hora de la muerte que el patíbulo del Calvario. Según la misma disposición de la Providencia, el corazón de san Joaquín y el de santa Ana hubieron de pagar caro la gloria de que debía la Virgen coronar su nombre. Sin duda los dos santos ancianos experimentaron todos los dolores y amarguras de la naturaleza cuando fué preciso obedecer la voluntad suprema, y separarse, tal vez para siempre, de una hija que poseyeron solo momentáneamente, y para llorar su pérdida. Mas la gracia, más fuerte y poderosa en ellos que la naturaleza, los hace hallar en la voluntad del Señor una resignación digna del sacrificio de la Virgen inmaculada.

Contemplemos con los ojos de la fé la partida de la santa familia, y confundamos nuestras almas, deseos y lágrimas con los generosos sentimientos que admiran los ángeles del Cielo en los corazones de María y de su madre. La tierra no conoce estas divinas maravillas, que no tienen nada del prestigio efímero que rodea á los hijos de nuestros grandes; pero la mirada de Dios se detiene con complacencia, á contemplar unas virtudes cuya posibilidad no sospecha aún el mundo, y cuyo heroísmo no ha conocido. La hermosura de la hija del rey es interior, como dice David; y á la edad en que los otros niños no poseen aún más que los rudimentos de lenguaje y no tienen siquiera los de la conciencia, María, es llevada al Templo más

(1) TIMOT. IV, 7.

rica en luces que los querubines, para educarse con las doncellas que sus religiosos padres ofrecían temprano al Señor. Pero esta Niña inmortal vá al Templo con su amor, y vá á buscar la sombra y la paz del santuario, porque allí deben las tres Personas divinas adornar de gracias el tabernáculo vivo del Verbo encarnado.

Consideremos ahora, amados hermanos míos, el carácter de esta oblación pura, de este sacrificio de la mañana, que va á consumir la bienaventurada Virgen al pié del altar del Señor, y veamos lo que dá á su Esposo celestial. La santa Niña, ensayando con la inspiración de la gracia que la ilumina, aquella virtud de origen sobrenatural, aquella obediencia perfecta que celebró san Pablo con tanto entusiasmo, cuando dijo, hablando de Jesucristo: «Se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz;» sacrifica todas las potencias de su alma á la voluntad de su Criador con plena y entera libertad. Su ofrenda es pronta, completa é inmutable: sujetando su entendimiento y voluntad á los designios de la Sabiduría eterna, no tendrá jamás otros movimientos, pensamientos ni determinaciones, que aquellos cuyo motivo se funde en los placeres sobrenaturales de la gracia. Así se inmola en el altar del Señor con perfecta libertad. María, sola con Dios, podrá exclamar: «Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre. Yo hago siempre lo que agrada al corazón de mi Dios.»

Pero hay más, mis amados hermanos: la bienaventurada Virgen consagra su alma al amor más puro, á la caridad más impetuosa y viva que se ha encendido jamás en ningún corazón. Uniéndose con todas sus potencias afectivas á la belleza eterna, la ama con un amor tan tierno, perfecto y firme, que el amor divino en que se abrasan los espíritus celestiales, no es más que una gota de agua comparada con aquel río de vida que inunda el alma de la Madre del amor hermoso. Las cruces, los sacrificios, los santos tormentos del más puro afecto místico, y las llamas más sobrenaturales del amor divino penetran en su alma: no tienen los volcanes un fuego abrasador que pueda igualarse con el que consume divinamente el corazón inmaculado de María; y las aguas del Océano son ménos abundantes que las dilataciones de su corazón. Pasando la Virgen purísima todos los límites conocidos del heroísmo, renuncia por un juramento sagrado la honra de ser madre; consagra su carne inocente á la virtud de los ángeles; toma por único esposo á su Dios; planta al pié del tabernáculo figurativo la azucena inmaculada de la virginidad; y despliega á la sombra del santuario el estandarte bajo del cual se han de alistar todas las almas dotadas de las inclinaciones é instintos angélicos.

Cuando Adán adoró á su Dios por primera vez, y los ángeles fieles ofrecieron su primer amor al autor de su existencia; ; cuán distantes estaban de igualar en pureza, sumision y caridad, á la que está destinada por un decreto eterno á ceñirse la corona de todos los mundos! Pero no nos detengamos en una admiracion estéril de esta ofrenda sublime; busquemos en ella un modelo perfecto de la oblation que ha hecho de sí mismo todo cristiano á su Criador, á su Redentor, al autor de su regeneracion y justificacion sobrenatural.

Cuando derramaban sobre nuestras cabezas el agua sagrada del Bautismo, cuando renaciamos á una vida divina por la gracia que difundía el Espíritu Santo en nosotros, hicimos el sacrificio de toda nuestra existencia á Dios en cambio de esta filiacion gloriosa: nos dimos á Jesucristo; y esta donacion entera de nosotros mismos fué la condicion solemne del pacto divino que acababa de sellar la gracia. Nuestro primer sacrificio fué el de nuestro entendimiento y nuestra voluntad por la fé. Para vivir la vida sobrenatural de la gracia sujetamos todas las potencias de nuestra alma al yugo de la revelacion: prometimos no tener otra regla de nuestras creencias, ni otro árbitro de nuestros pensamientos, ni otro juez de nuestra conciencia que la Iglesia de Jesucristo, columna firmísima y fundamento de la verdad, como dice el Apóstol; ligamos nuestra libertad y nuestra vida entera con las ataduras sagradas de las leyes del Evangelio, ó más bien, buscamos nuestra emancipacion de las pasiones y errores en la honrosa y suave dependencia de la voluntad divina, cuya más sublime y perfecta expresion es el Evangelio interpretado por la Iglesia; nos hemos impuesto esta ley como el paladion de la libertad del hombre espiritual contra el despotismo del hombre carnal; hemos contraido el empeño público y solemne de crucificar nuestras concupiscencias, y desprendernos del ciego amor de las cosas presentes, para unir nuestra alma á los bienes invisibles porque son eternos; y hemos tomado al Cielo y á los ángeles por testigos de que al recibir el carácter augusto de hijos de Dios, haríamos en nuestros cuerpos regenerados una vida del todo celestial y espiritual. ¿Y habeis santificado esta oblation del Bautismo, amados hermanos? ¿Habeis sido fieles á ella? ¿Es ese el carácter de vuestra vida? Preguntaos á vosotros mismos: ¿qué habeis dado á Dios cuando Él se daba á vosotros por el gran sacramento de vuestra regeneracion? ¿qué ha recibido en cambio del dón inefable por el cual vino á ser Padre vuestro y vosotros hijos suyos? ¡Ah! el sacramento de vuestra gloria se ha convertido en vuestra ignominia, y la diadema de vuestro reinado espiritual se os

ha caido de la cabeza, que tal vez lleva ahora el yugo de hierro impuesto por las pasiones á sus esclavos.

Añadiré, que el sacrificio de María en el dia de su presentacion en el Templo es un modelo acabado del sacrificio que consuma la vírgen cristiana á los piés del Señor, cuando hace profesion de los consejos evangélicos y elige á Jesucristo por esposo. Por el voto de una obediencia perpétua é irrevocable, inmola la vírgen cristiana su voluntad y hasta su juicio en el altar del sacrificio: mata, degüella, si me atrevo á decirlo así, su voluntad carnal, para poner el principio, la regla inmutable y el móvil supremo de ella en la voluntad y beneplácito de su Dios: declara al pié de los santos altares, que su vida entera no será en adelante más que un acto incesantemente renovado de su mision y dependencia.

Mas no para ahí: por el voto solemne de una pobreza evangélica renuncia toda propiedad de los bienes terrenos, y abrazando con amor la gloriosa librea del divino Rey de los pobres, no quiere amar ya más que los bienes de la gracia, únicos dignos de la codicia celestial de un alma que conoce á Jesucristo. Por fin, hermanos míos, (y este es el último rasgo de semejanza del sacrificio de la vírgen cristiana con la oblation pura de la Vírgen santísima en el Templo de Dios de Israel), la esposa de Jesucristo, á quien convidan á la perfeccion los suaves aromas de la castidad evangélica, contrae el empeño público y solemne, de tener su cuerpo en una dependencia tan absoluta de la gracia, que vivirá en este tabernáculo de carne como si estuviera dotada su alma del dón celestial de una vida angélica. Una vez consumado este voto triple, la vírgen cristiana ha muerto para el mundo, para su familia, y para sí misma; se ha crucificado en la cruz de Jesucristo, segun el pensamiento evangélico de san Pablo; entra entónces como María en el Templo donde quería darse á Ella sin limitacion ni reserva el Amor eterno; habita con su divino esposo en la cumbre del monte santo; y así reproduce una imágen, aunque imperfecta, del misterio de la presentacion de María en el Templo de Jerusalén.

Estamos tan poco acostumbrados á los bienes sobrenaturales de la gracia, que no comprendemos su precio ni sus efectos maravillosos. Hemos dicho, que la Virgen santísima recibió en el primer instante de su sér una gracia de tan alto precio, que era incomparablemente superior á todos los dones sobrenaturales otorgados á los ángeles y á los hombres. En efecto; María recibió, desde el principio de su existencia, una gracia proporcionada al órden supremo de la Mater-

nidad divina á que estaba predestinada. Pero, esta primera gracia, ese talento no fué estéril en su corazón inmaculado: la Virgen lucró y traficó con él tan fielmente, que cada virtud duplicó el tesoro de que era depositaria.

Hay más; porque enseñan célebres teólogos, que el alma enriquecida del dón de la gracia santificante, correspondiendo plenamente á las gracias actuales que recibe, produce siempre un acto de virtud igual en intencion y mérito al hábito de gracia que hay en ella; de suerte, que cada acto libre de su voluntad excitada, prevenida y sobrenaturalizada por la gracia del Espíritu Santo, duplica la suma total de los méritos adquiridos al tiempo en que iba á producirse un nuevo acto. Sentado este principio, midamos, si somos capaces de ello, la progresion múltiple é incesante de los méritos de la Virgen santísima, desde su inmaculada Concepcion, hasta el día en que se encarnó el Hijo de Dios en su seno. La primera gracia recibida por María en el instante de su purísima Concepcion, sobrepaja sin medida la suma de todas las gracias recibidas por los ángeles y los santos. Pero, todo acto de virtud producido por la voluntad libre de la Virgen santísima implica el hábito de virtud que hay en ella; luego, la primera virtud practicada por María dobló la medida. Esta primera multiplicacion lo fué por un segundo acto de su voluntad, ó por una segunda virtud: un tercer acto triplicó estas riquezas; y así se procedió de una multiplicacion en otra hasta un grado que solo Dios sabe. Figuraos, mis amados hermanos, el inmenso Océano duplicándose en profundidad, anchura y extension á cada flujo y reflujo, y tendreis alguna idea de los incrementos múltiples del océano sobrenatural abierto en las entrañas de nuestra divina Reina. ¡Oh! ¿Quién penetrará en este santuario hermozeado por la gracia? ¿Quién nos hará comprender toda la verdad de esta expresion del real profeta: «El Altísimo santificó su tabernáculo?» ¿Quién nos referirá lo que es superior á toda alabanza y admiracion? ¿Y por qué las sombras de esta vida cubrirán nuestros ojos? ¿Por qué los divinos resplandores de la gracia no llegan á nuestra mirada distraida sinó por entre las tinieblas de nuestra degradacion?

En el Templo del Señor se prepara la amante María á hacer de su seno el lugar de concurrencia de las tres divinas Personas; y durante esta parada de sublime contemplacion, adorna el Espíritu Santo el santuario virginal donde debe cumplirse el misterio del eterno amor. Los sacerdotes de Sion ven crecer aquella Niña celestial como una azucena plantada en un terreno fértil, ó como un árbol que sale de

la corriente de las aguas. Las doncellas de Israel, que habitan con Ella en el silencio del santuario figurativo, la admiran sin sospechar que es la Virgen esperada hace cuarenta siglos. Así, el misterio de la presentacion de María en el Templo fué como el fundamento de su alto y santo destino. No olvideis, hermanos míos, que solo una educacion profundamente católica puede preparar á la sociedad y á la religion, generaciones capaces de reparar los estragos del egoismo y de la indiferencia, fruto de la educacion toda sensual y pagana. Desde la introduccion del pecado en el género humano nace el niño sin verdad y sin amor; nace en el mal, y nace violentamente inclinado á todo lo que promete un goce estéril á su alma y sentidos. La educacion debe sacar todas sus potencias morales del sueño de muerte en que estaban sumergidas, y fecundar todas las semillas de verdad y vida que había depositado el Bautismo en su corazón. Es preciso, pues, que el niño cristiano sea educado en el templo, es decir, que el catolicismo solo dirija el cultivo de su inteligencia y la educacion de su alma, la perfeccion moral, y aún física de toda su existencia.

Ahora bien, hermanos míos; ¿es cristiana la educacion que recibe el niño en el santuario de la familia? ¿Es esta para él como un templo sagrado, en que todo habla á su entendimiento y á su corazón de la verdad y los deberes que de ahí emanan? Los primeros resplandores que alumbran su entendimiento, ¿son el reflejo de aquella máxima del real profeta: «La declaracion de tu palabra ilumina el entendimiento y dá la sabiduría á los pequeñuelos?» Los primeros pasos que anda en el mundo moral, ¿son guiados por la antorcha que ha puesto la Iglesia en las manos de una madre cristiana al darle la fé? «Tu palabra es la antorcha que guía mis pasos, es la luz que ilumina las sendas de mi alma.»

No hablo aquí, hermanos míos, de la instruccion pública; pero decidme: ¿por qué principios y con qué máximas preparais la primera niñez á los deberes que la aguardan, y á las únicas virtudes que constituyen el hombre moral y religioso, el verdadero cristiano? En el momento en que os separais de estos queridos hijos para encomendarlos, frecuentísimamente, á manos indignas porque son mercenarias, ¡cuántos, cuántos hay que solo han recibido lecciones de egoismo debajo del techo que los vió nacer! Estas tiernas plantas, injertas en Jesucristo, han vuelto á caer en un egoismo salvaje, y una sávia toda pagana ha sustituido á la gracia que había derramado el Espíritu Santo en su corazón.

Madres cristianas, imitad el ejemplo que os dá en este día la san-

tísima Virgen: ofreced al Señor los hijos que habeis dado al mundo: llevadlos desde temprano á su templo; y no olvideis jamás, que la existencia que recibieron de vosotras sería un dón funesto, si bajo la influencia mortal de vuestros escándalos é indiferencia aprendiesen á vivir sin las virtudes cristianas, únicas que dán al hombre la conciencia de la verdad, el amor del bien, el sentimiento del deber, y los premios de la otra vida.

DESPOSORIOS DE LA VIRGEN.

DISCURSO I.

Habitabit juvenis cum virgine.
Vivirá un mancebo con la doncella.
(ISAÍAS, LXII, 5.)

Con inefable consuelo de su corazón, grande aprovechamiento de su espíritu, é inimitable edificación de las compañeras y de los mismos sacerdotes, vivía María en el Templo del Señor, cuando aquellos bajo cuya tutela estaba, determinaron darle un esposo. La tierna flor de la raíz de Jesé, la hija de David, no era libre de negarse al matrimonio. Ni los hebreos hubieran tolerado en Ella la esterilidad, el oprobio; ni los de su familia, por todos los tesoros del mundo, hubieran renunciado á la esperanza de contar un día entre ellos al libertador de Israel.

Y si María se había consagrado virgen al Señor, ¿cómo podía condescender jamás á una determinacion, que le hacía imposible la continuacion de su voto más querido? Algunos han dicho, que Ella se defendería largo tiempo, y suplicaría humildemente á las personas de las cuales dependía, que la permitiesen permanecer en el Templo, libre de todo lazo, excepto el de Dios. Está fuera de duda, que María estaba dispuesta á rehusar todo honor, toda gloria, todo bien, ántes que menoscabar en algun modo el ofrecimiento hecho ya al Señor, y perder la flor de su integridad virginal. Pero aquella suprema voz que le había mostrado cuanto gustaba al Rey de los Cielos las flores virginales, aquella misma la aseguró, que con seguir el uso de su nacion y con inclinar la cabeza á la voluntad de los de su familia, no resultaría en menoscabo de su profesion ni de su voto.

Efectivamente; el desposorio de María tiene á la vez algo de comun y algo de extraordinario; algo de comun, por tratarse de un desposorio verdadero y propio como todos los demás desposorios;